

Si en medio las tinieblas le perdía,  
Mas siempre hallarle en el jardín rodando  
Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha,  
Y espoleando el honor sus presunciones  
Pronto entendió que el embozado acecha  
De su alcázar, ó puertas ó balcones.  
Y á poco seña misteriosa oyendo  
Por una reja le alcanzó trepando,  
Y en ira á él encaminóse ardiendo.  
Con silenciosa y recatada huella  
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,  
Y luz viendo alumbra la cerradura  
La airada vista enderezó por ella.  
Mas apenas la línea había cogido  
Que la abertura con la luz marcaba,  
Oyó como de gente que lidiaba  
Dentro del cuarto temeroso ruido.  
Entre él y la bujía en un instante  
Dos cuerpos á la par se interpusieron,  
Que á poco en bamboleo vacilante  
A la par con estrépito cayeron.  
Lánzase dentro el irritado conde,  
Y al ver el sitio donde  
La luz prosigue, la afilada punta  
Les pone de su estoque á la garganta.  
Y *¿quién se atreve? vive Dios!* pregunta:  
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,  
Que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

¿Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Señor,

Si es que lo hecho os enoja,  
Sacadme con esa hoja  
El alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre  
Que tienes muerto á tus piés  
Bañado en sangre, ¿quién es?  
—Muza, señor, no os asombre.  
Sin miramiento al decoro  
Que en vuestra casa se encierra,  
Contando iría á su tierra.

Vuestra deshonra ese moro.  
Yo le esperé y le maté;  
Si os culpa su rey, señor,  
Tratadme como traidor  
Y entregadme, que yo iré;  
Pues quiero de mejor gana,  
Que el moro traidor me llame,  
Que oírle dar por infame  
A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano  
Tal oyendo, y replicó:  
Sancho, así quisiera yo  
Todo el pueblo castellano.  
¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO

Espinosa.

EL CONDE.

¿Eres noble?

SANCHO MONTERO.

Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy  
Y tu familia famosa.  
Desde hoy serán mis monteros,  
Y de lealtad por gala  
Dormirán en mi antesala  
Sus bizarros caballeros.  
Y lléveme Belcebú  
Si temo á nadie en la tierra,  
Si en la paz son y en la guerra,  
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria  
Que de su madre guardó,  
Escuso decirla yo,  
Pues te lo dice la historia;  
Recuerdos hay todavía  
Que atestiguan opulentos  
Los muchos remordimientos  
Del conde Sancho García.  
Diré, pues, la sola cosa  
Que sus recuerdos exigen,  
Y es que de él tiene origen  
Los Monteros de Espinosa.

## DOS HOMBRES GENEROSOS.

### LEYENDA ORIENTAL.

#### INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio,  
Su riqueza envidiable y su fortuna:  
En Cádiz vive del comercio emporio,  
Y oro sobre oro comerciando aduna.  
Jóven, valiente y de encumbrado origen,  
No es como otros mancebos altaneros,  
Que solamente su ambición dirigen  
Su orgullo á alimentar de caballeros,  
Y en banquetes y amores  
Consumen su salud y sus dineros;  
Y con mengua y baldon de sus mayores  
Mueren entre rufianes y acreedores.  
No, vive Dios! Don Luis lleva una espada  
En el cinto prendida,  
Y aunque de sangre alguna vez teñida,  
Con infame traición nunca manchada  
Siempre con honra la llevó ceñida.  
Cortés, galán y afable,  
Pronto á satisfacer, jamás esconde  
Su faz al lidiador mas formidable,  
Si una ofensa vengar le corresponde.  
Pero calculador como valiente,  
Noble viéndose ya por nacimiento,  
Que era mejor imaginó prudente  
No alcanzado morir, sino opulento.  
Dióse al comercio, pues, y la fortuna  
Tan próspera le fué, tan halagüeña,  
Que no hay empresa alguna  
En que no doble el capital que empeña.  
No tiene un buque que á la mar botado  
No torne al puerto de botín cargado;  
Ni hay cambiante en Europa ni banquero  
Que no admita su firma por dinero.  
Ni playa oculta, ni nación remota  
Donde suya no aporte alguna vela,  
Y no le traiga de su tierra ignota  
Prenda de gran valor en joya ó tela.  
Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,  
Venecia . . . . el mundo entero

Recorren sus pilotos cada día,  
Y siempre afortunados en sus viajes  
Ni sufren de corsarios abordajes,  
Ni fiero temporal les descarria.  
Mira Tenorio en su fortuna inmensa  
De su excesivo afán la recompensa;  
Mas cuanto rico y noble generoso  
Cual comerciante avaro ú envidioso  
No calcula ni piensa.  
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo  
Que á sus puertas acuda inútilmente,  
Ni tiene un solo amigo  
Que con su bolsa en la ocasión no cuente.  
Y si un colega el capital espone  
Y la fortuna ruin se la devora,  
La amistad de Don Luis se lo repone,  
Sin desear su mano bienhechora  
Del que el favor recibe mas usura  
Que gratitud . . . y próspera ventura.  
Tal es, lector, el hombre  
De quien hablarte quiero,  
Y cuya historia espero  
Que te suspenda el ánimo y te asombre.  
No hay en ella magníficas escenas  
De combates, y muertes, y sucesos  
Estrepitosos llenas,  
Ni por objeto mi leyenda tiene  
La fortuna y el bien de un grande imperio;  
La reacción que dicen que conviene  
Sufra la sociedad; esto es muy serio,  
Y no me siento yo con tanta fuerza  
Para que el siglo ante mi voz se tuerza  
Y varíe de faz nuestro hemisferio.  
No es para mí tan colosal hazaña:  
La sociedad quien pueda regenerar,  
Yo cantaré despues cuando muriere  
La suerte que su afán diere á la España.  
Mas es un cuento asaz entretenido  
Con puntas de moral sana y sencilla,  
En Castilla aprendido,  
A manera contado de Castilla.

Eso sí, miserable y reducido,  
Obra infeliz, sin pretension alguna,  
Que sale encomendada á su fortuna,  
*Guento* no mas, sin humos de *poema*,  
Que ese es, lector, mi intento  
Y no vá mas allá mi pensamiento;  
Divertirte y no mas es mi sistema.

DON LUIS.

¿Cómo tan pronto la vuelta?  
Esplicaos, capitán.

EL CAPITAN.

Cosas son que os pasarán.

DON LUIS.

Dad pues á la lengua suelta.

EL CAPITAN.

Es pues el caso, señor,  
Que acerté en Alejandría  
A entrar con el mejor día,  
Y con el sino mejor.

Fuime derecho al mercado,  
Mas no bien puse allí el pié,  
¿Con quién direis que topé?  
Con el mercader pasado.

Asíome con mil extremos,  
Y á fuerza ó de voluntad  
Metíome por la ciudad:

*Venid, dijo, y hablaremos.*  
*El calor es escesivo*  
*Capitán, y mientras pasa*  
*Descansareis en mi casa,*  
*Donde vereis que os recibo*  
*Con cuanto agasajo puedo.*  
—Yo respondí: Y vos, señor,  
*Vereis á tan alto honor*  
*Cuán agradecido os quedo.*

Entramos pues en su casa,  
Mas válgame Jesucristo!  
En mi vida habia yo visto  
Opulencia tan sin tasa.  
Qué tapices y qué alfombras!  
¿Qué joyas de tanto precio!  
Quedéme en fin como un necio  
La vista haciéndome sombras.  
Llévome á sus almacenes,  
Y ved cuál me quedaria,  
Cuando oí que me decia:  
"Cristiano, de cuanto tienes  
A tus ojos manifesto  
Elige, y no me andes parco:  
Aquí has de cargar tu barco  
Que así lo tengo dispuesto.  
—Señor, imposible.

—No;

Cuanto digas será en vano,  
No ha de ser nunca un cristiano  
Mas generoso que yo.  
A tu amo por simpatía  
En tiempo ya muy remoto,

Envíele con un piloto  
Un corto regalo un día.  
Hice yo esto nada mas  
De su esplendidez prendado,  
Y sin pensar de contado  
Que se mentara jamás.  
Pero en el año siguiente  
El con tu barco me envié  
Un doble de lo que yo;  
Admitílo cortesmente,  
Porque en verdad no creyera  
Que intentaba desairarle,  
Mas ganoso de pagarle  
Cuando ocasion me viniera.  
Escusándola él quizá  
No envié mas su barco aquí,  
Mas hoy te sorprende á tí  
Y has de escojer ¡juro á Alá!  
Lo que te plazca mejor  
Para volverte al momento,  
Sin llevar mas cargamento  
Que un presente á tu señor.

DON LUIS.

Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis!

EL CAPITAN.

El partido no era malo  
Y cargué con el regalo.

DON LUIS.

¡Voto á San Gil! ¿lo admitisteis?

EL CAPITAN.

Por supuesto: aunque en verdad  
Imposible era escusarlo,  
Porque él mismo hizo cargarlo  
Y me echó de la ciudad.

DON LUIS.

Por Dios, capitán Gonzalo,  
Que quien sois á no mirar,  
Os arrojará á la mar  
Con el barco y el regalo.  
Cristiano y español siendo,  
Sin mirar á mi decoro  
¿Os dejais ganar de un moro  
En bazarria?

EL CAPITAN.

Yo entiendo,  
Señor Don Luis, que si veis  
Las joyas por vuestros ojos,  
Calmareis vuestros enojos  
Y mas justicia me hareis.  
¿Qué diablos perdeis en ello?  
Vos cumplisteis como noble,  
Y él volviéndoos un bien doble  
No os echa un cordel al cuello.  
Y además, si el moro

DON LUIS.

Nó,

Cuanto me digais es vano:  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.

DON LUIS.

Sí, Don Gonzalo,  
Voy á aprontar un tesoro  
Para pagar á ese moro  
Por mí mismo su regalo.

EL CAPITAN.

Señor, estais loco.

DON LUIS.

No,

Cuanto digais será en vano;  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.

Casi un año despues, al occidente  
Del faro colosal de Alejandría,  
Un buque de la España procedente  
Anclas echaba y velas recogia.  
Vistasas banderelas  
Adornaban sus altos masteleros,  
Y las movibles olas  
Reflejaban las armas españolas,  
Que izaban los gallardos marineros.  
Y dos hombres de pié sobre la popa  
Del moribundo sol á los reflejos,  
Contemplaban callados á lo lejos  
Aquel puerto famoso,  
Del cual como del sueño vagaroso  
Se habla tal vez en la lejana Europa,  
Y uno de ellos acaso  
Rico de hacienda y de instruccion no escaso,  
Traia á su memoria  
De aquella poderosa Alejandría  
La magnífica historia  
Que escrita en libros aprendió algun día.  
Y vagaban sus ojos,  
Y buscaban en vano sus deseos  
Los confusos despejos  
Del soberbio palacio  
Que elevaron allí los Tolomeos:  
Buscaban el espacio  
Que ocupó el Hipodromo,  
Y el Timonio y las célebres Agujas  
De la bella amorosa Cleopatra,  
Y cien otros antiguos monumentos  
Transformados y rotos á las manos  
Del tiempo y de los árabes sangrientos.  
Y en memorias tan mágicas su mente,  
Y en tan bellos recuerdos abismada,  
No vía una barquilla que lanzada  
Surca hácia ellos la mar rápidamente.  
Una lancha ligera  
Para una fiesta apercebida era;  
Y al estilo de Oriente engalanado  
Venia en ella un grave personaje  
Por remeros esclavos remolcado,  
De súbditos humildes circundado,  
Que servil le rendian homenaje.  
Y ya á distancia corta  
Llegar del buque anclado  
La gran tripulacion miraba absorta,

¡Esto por Dios me faltaba!  
Y de este modo diciendo  
Don Luis la vista frunciendo  
Por el cuarto se paseaba.

Y Don Gonzalo que vió  
Su negocio tan mal puesto,  
Salió del cuarto, y muy presto  
Con el presente volvió.

Y sin otras precauciones  
Para salir de su empeño,  
A los ojos de su dueño  
Empezó á abrir sus cajones.

Lanzó con gran desenfado  
Sin mas mirar por el suelo  
Los royos de terciopelo,  
Y las piezas de brocado.

Coronó de pedrería  
Un inmenso velador,  
Y mostró todo el valor  
De lo que á Don Luis traia.

Desenvolvió diligente  
Los en cajas y redomas  
Empaquetados aromas  
Esquisitos del Oriente.

Y Don Luis, que aunque disgusto  
Y enojo además presume,  
Tan delicioso perfume  
No pudo aspirar adusto.

Tendió los ojos en pós  
Del olfato, y de su afán  
Saliendo el buen capitán  
Esclamó: ¡Gracias á Dios,

Señor, que al fin de mi viaje  
A ver las cuentas venis!  
¿Qué tal, mi señor Don Luis,  
¿Qué os parece mi equipaje?

Aunque rédito mezquino  
De vuestro enorme caudal,  
No es tan pobre capital  
Para un capitán marino.

Mostró en sus labios Don Luis  
Una sonrisa agradable,  
Y al capitán dijo afable:  
Bien prevenido venis.

Pero si yo, Don Gonzalo,  
A vuestro tesoro atento  
Decid ¿quedareis contento  
Con la mitad del regalo?

EL CAPITAN.

Vuestro es cuanto yo poseo  
Y mi deseo es serviros.

DON LUIS.

Huélgome, pues, de admitiros  
La mitad de ese deseo;  
Podeis, capitán, tomar  
Lo que os guste, y no andeis parco:  
Mas preparad vuestro barco  
Para hacernos á la mar.

EL CAPITAN.

¿A la mar?



Quiéroos con sinceridad;  
Si me quereis con nobleza,  
Pienso que tanta largueza  
Desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro  
Por obsequiarme, no es justo;  
Ireme, y con gran disgusto,  
Si dais en prodigar oro.  
Sé que os servisteis mandar  
Regalar mucho á mi gente,  
Y el vulgo asaz maldiciente  
Podrá de ello murmurar.

EL ARABE.

Murmure cuanto quisiere;  
Mas pláceme antes de todo,  
(Porque amaros de este modo  
No en mí extraño os pareciere),  
Esplicaros la razon  
De esta amistad que os profeso.

DON LUIS.

Ansioso estaba yo de eso.

EL ARABE.

Pues estad con atencion.

Aunque de Siria nacido  
Bajo el abrasado sol,  
Mucho ¡ay de mí! de español  
Con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla  
Del cristalino Genil,  
Y lidió por Boabdil  
Con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él,  
Y con su hacienda cargando  
Pasó al Africa, llorando  
Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,  
Siempre con él inconstante,  
Desventurado y errante  
Anduvo por mar y tierra.

Paró por último aquí,  
Dióse en el último tercio  
De su existencia al comercio;  
Y en este tiempo nació.

Los españoles cantares  
Con que lloró su fortuna,  
Me arrullaron en la cuna  
Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia  
Las sentidas tradiciones  
Son las primeras lecciones,  
Y aprendí yo de memoria.

..... (1).

Y así pasaban sus dias  
En regalos y banquetes,  
Prolongando sus orgías  
Hasta el matutino albor.  
Mezclando el lujo de oriente  
Con la ilustracion de Europa,

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandría compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimirla en este tomo.

Su vida va viento en popa  
Por el golfo del amor.

Las esclavas mas hermosas  
Escogidas en Circasia,  
Con todo el fuego que el Asia  
Enciende en su corazon,  
Allí á don Luis encadenan  
Con sus gracias seductoras,  
Y allí se le van las horas,  
Y con ellas la razon.

En el deleite adormido  
Y en la molicie, no piensa  
En una riqueza inmensa  
Que se disipa por él;  
Y olvídase que su huésped  
Por mas que sea opulento,  
Derrama el oro sin cuento  
Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,  
De que resbala se olvida  
Tan torpemente su vida  
De una en otra bacanal:  
Y que depuesto el decoro  
De un caballero cristiano,  
Vive como un africano,  
Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre  
De su presente ventura,  
Tal vez su gente murmura  
Supersticiosa ademas.  
Y hasta el capitán Gonzalo  
De su placer compañero,  
Con su silencio severo  
Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda  
La boca de aquel abismo,  
Y en cuentas consigo mismo  
A solas al cabo entró.  
Y una mañana bajando  
Del árabe al aposento,  
Con irrevocable acento  
Su partida le anunció.  
¿Tan pronto os vais?

—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye  
Y cada instante me arguye  
Las pesadumbres que os doy.  
Mañana me hago á la vela,  
Mirad qué habeis de mandarme.  
—¿Tan pronto quereis dejarme?  
—Resuelto á partir estoy.

Súplicas, ayes, caricias  
Y especiosas reflexiones,  
Fueron vanas tentaciones  
Para el alma de don Luis.  
Y el mercader comprendiendo  
Que su afán seria inútil,  
Díjole al fin desistiendo:  
Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa  
Salir su merced pretenda  
Sin llevar alguna prenda  
Que le recuerde mi amor.  
Venid, español, conmigo,  
Venid á mis almacenes,  
Y escogereis de mis bienes  
Lo que os parezca mejor.

DON LUIS.

Para jamas olvidaros  
Me bastan vuestros favores,  
Que son las prendas mejores  
De vuestro amor para mí.

EL MERCADER.

Esas excusas efímeras  
No tienen para mí peso.

DON LUIS.

Buen moro, desistid de eso,  
Que no ha de ser.

EL MERCADER.

Será, sí.

Sin una prenda elegida,  
Yo partir no he de dejaros:  
La mano no he de soltaros  
Primero que la escojais.  
Venid.

DON LUIS.

Os sigo á la fuerza  
Pues que me llevais aside,  
Mas á ello estoy decidido  
E inútilmente porfiais.

EL MERCADER.

Ya teneis ante los ojos  
Cuanta riqueza poseo,  
Ahora decidle al deseo  
Que pida y sin poquedad,  
Porque sin un don precioso  
Que no avergüence mi mano,  
Seguro estad, castellano,  
Que no os vais de la ciudad.

DON LUIS.

Yo en permanecer en ella  
Por vos forzado consiento,  
Mas espíaré el momento  
De partirme y la ocasion.  
Y de vuestro amor entonces  
No una amistad cariñosa,  
Sino gratitud forzosa  
Guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera  
La voluntad solo quiere,  
Y la voluntad prefiere  
Al mas preciado valor.  
Vuestros dispendios me enojan,  
Y si hemos de ser amigos,  
Los cielos me son téstigos  
Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro  
Que aquí me mostrais admito,  
Lo ya hecho es infinito  
Y el oro me sobra á mí.  
Vuestros pasados regalos  
Son ya excesivos, y en ellos,  
He visto dones tan bellos  
Como los que veo aquí.

Y en fin, de obrar libremente  
Os dejo absoluto dueño,  
Mas tan tenaz es mi empeño  
Que dél no me apartareis.

EL MERCADER.

Está bien, pues tal cuidado  
Os tomáis por mi tesoro,  
Cosa os daré que con oro  
Adquirirla no podeis.

Y así el mercader diciendo  
Con paso acereóse grave,  
A una puerta cuya llave  
Volviendo con rapidez,  
Mostró á la vista asombrada  
Del generoso oristiano,  
Un portento soberano  
De lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron  
En otra ninguna estancia,  
Tan deliciosa frangancia,  
Encanto tan seductor.  
La luz del sol entoldaban  
Pabellones de colores,  
Y preciosísimas flores  
Mirábanse en derredor.

Allí en torno de los muros.  
Veíanse blandos lechos,  
De frescos tejidos hechos  
Convidando á reposar.  
Allí se oía el murmullo  
De una fuente azafanada,  
Que en una taza dorada  
Se vertía sin cesar.

Allí á su riego crecían  
En ricos jarrones chinos,  
Los claveles purpurinos  
Que el Cairo tan solo dá.  
Y el tulipan soberano  
Que Stambul adora y cria,  
Y la flor que á Alejandría  
Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada  
Cuyo esquisito perfume  
El aire jamas consume  
Ni le llega á evaporar,  
Por la cual diera una hermosa  
De la nublada Inglaterra,  
Cuanto mar cerca su tierra  
Cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo  
De la magnífica estancia,  
Llenando con su fragancia  
 Toda el aura en derredor,  
Y los huertos mas mezquinos  
Profusamente la abordan,  
Y las esclavas la cortan  
Para darla á su señor.

Allí del galán Tenorio,  
La deslumbrada pupila  
Desmenuzando vacila  
Tanta opulencia oriental,  
Y el agua, la luz, las flores,  
Los naturales primores  
Compiten con los mayores  
Del oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,  
Aquellos baños de plata,  
La tornasolada y grata  
Claridad que reina allí:  
Los muebles que allí se ostentan  
Y de quien ignora el uso,  
A don Luis tienen confuso  
Sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos  
Do lujo tal se atesora?  
¿Qué santo espíritu mora  
En este abreviado edem?  
Así Don Luis se decía  
Contemplándolo prolijo,  
Cuando el árabe le dijo:  
"Esto, Don Luis, es mi harem."

Es el harem; allí el árabe  
Del vulgo envidioso oculta  
Su mas preciado tesoro,  
El colmo de su ventura,  
Bella mansion de deleites,  
Que solo el amor acupa  
Es el harem donde se hallan,  
Santuario de la hermosura,  
Santuario donde profanos  
Penetrar no osaron nunca  
Los ojos de ningún hombre  
Con la cabeza segura.  
Allí están no las esclavas  
Que ante su señor se turban,  
Sino las reinas que gozan  
Con voluntad absoluta.  
Las mugeres que á los moros  
Les place tomar por suyas,  
Cual sus costumbres permiten  
Y sus leyes no repugnan.  
Allí bajo techos de oro  
Y pabellones de plumas  
Para el placer se conservan  
Encantadoras y puras.  
Baños de esencias suaves  
Su bello cuerpo perfuman,

Preciosas telas se visten  
Y dulce son las arrulla.  
Negras cautivas las sirven  
Que por do quier las circundan  
Para su capricho esclavas,  
Para su servicio muchas;  
Jardines tienen abiertos  
De frondosidad oscura,  
Do alegres pájaros trinan,  
Do frescas fuentes susurran:  
Do de los árboles altos  
La espesa sombra confusa  
El aura abrasada, templada,  
Y el sol entolda y ofusca,  
Donde en hamacas de seda  
Muellemente se columpian  
Del céfiro acariciadas  
Que en la hojarasca murmura.  
Donde en el césped mullido  
Al son de animada música  
En danzas voluptuosas  
Giran, se trenzan y anudan.  
Donde en los huecos que ofrecen  
Mil artificiales grutas,  
Sus bellos cuentos de hadas  
A oír y contar se juntan.  
Y allí mientras la tormenta  
Recia se desgaja en lluvias,  
Y brilla con el relámpago  
Y con el trueno retumba,  
Con lámparas de alabastro  
Allá en el fondo se alumbran  
Y con cantares alegres  
A la tormenta conjuran.  
A una de aquestas mansiones  
De artificiosa estructura,  
Alcázar de la belleza  
Y red del amor, fué en suma  
Donde el mercader condujo  
Con gran silencio y mesura  
Al rico Don Luis Tenorio,  
Que su intencion no barrunta.  
Y en una de estas mansiones,  
La más lejana sin duda  
Pero la mas ostentosa  
Que en sus jardines se oculta,  
Fué donde encontró Tenorio  
Tal vez para su fortuna  
Cinco doncellas bellísimas  
Cual él no las viera nunca.  
Las veintidos primavera  
No cuenta acaso ninguna,  
Aunque veinte mil hechizos  
En cada cual se alumbraban.  
Nacion y raza distinta  
Su forma distinta anuncia  
De su belleza el carácter  
Y el traje diverso que usan.  
Gallarda la georgiana  
Ostenta medio desnuda  
Sus académicas formas,  
Su tez sonrosada y húmeda:  
Mas perezosa la indiana

Y aquí despues de un minuto  
De meditacion profunda,  
Entre las cinco sultanás  
Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta  
Poco á poco de una en una,  
Y así al fin de la española  
La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto  
Mostróle señal alguna  
Que del árabe anunciara  
Ni el gusto, ni la amargura

Salió del harem en calma,  
Y al elevarse la luna  
Por el azul firmamento  
Alzando montes de espuma,  
Salió aquella misma noche  
Del puerto en que se asegura,  
El barco en que van á Europa  
Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle  
Con desolacion profunda,  
Por el través de dos lágrimas  
Que sus pupilas le anublan,  
Quedó mirando las velas  
Que en precipitada fuga  
Se llevan cuanto idolatra,  
Y amor y amistad le hurtan.  
Con ellas parte Zulima,  
Y el árabe en su hermosura  
Tenia puestos los ojos...  
¡Mal haya á Dios su fortuna!

Secretos hay que debían  
En el corazón quedar,  
Y en el corazón ahogarse  
Para no alzarse jamas.

Fiado en la buena causa  
De su generosidad,  
Su secreto puso el árabe  
En las manos del azar;  
Y la suerte que de todos  
Se mofa al fin por igual,  
Atropelló su secreto  
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,  
La sultana que amó él mas,  
Y con su amigo la bella  
Los mares cruzando va.  
Las amorosas palabras  
Del sevillano galán,  
Pronto la harán olvidarse  
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,  
Pues nunca pensara tal,

Entre blancas vestiduras  
Su piel de azabache muestra  
Sobre un almohadon de pluma.  
Los velos de oro que flotan  
Hasta tocar su cintura,  
Su triste mirar, su tez  
Pálida como la luna,  
Descubren á una italiana,  
Que aunque mucho disimula,  
Por ver las playas de Nápoles  
Cambiará cuanto disfruta.  
Sus rizos espesos de ébano,  
Negros ojos que circundan  
Largas pestañas, sus manos  
Blancas, redondas, menudas  
Y su escaso pié que apenas  
A sostenerse la ayuda,  
Descubren á una española  
Aunque su origen oculta.  
La dulce voz y el altivo  
Acento con que pronuncia  
Y su perfecto contorno  
Su frente que el ceño nubla  
Y el cuchillo que colgado  
Lleva siempre á la cintura,  
Por una zelosa griega  
Dan fácilmente á la última.  
Ante estas cinco bellezas  
Que no conciben confusas  
La causa que á un extranjero  
Hoy traiga á presencia suya,  
Detúvose el mercader,  
Y así á Don Luis que le escucha  
Con voz resuelta le dijo  
Que trecho no deja á dudas:  
Estas hermosas doncellas,  
Don Luis, mis esposas son,  
No me refuseis el don  
Que os quiero hacer de una de ellas.  
Yo para mí las guardaba;  
Si enojarme no quereis,  
Elegid la que gustéis  
Para esposa ó para esclava.  
Y ved que esto al escusar  
Me vais á hacer una ofensa  
Tan solemne y tan inmensa  
Que jamas la he de olvidar.  
Elegid, pues.

DON LUIS.

Dios no quiera  
Que nuestra amistad un dia  
Turbe por desdicha mia  
Mi resolución postrera.  
Una de ellas tomaré,  
Y si al fin fuere gustosa  
La tomaré por esposa  
Convirtiéndose á mi fé.  
No sé que pueda apreciar  
De mejor modo este don.

EL MERCADER.

Ni yo que mi corazón  
Lo pueda nunca olvidar.